

# CAPÍTULO 1

La huelga de hambre empezó dos horas al este de París.

*Saladin* olisqueó delicadamente la lata abierta de comida para gatos y, con desdén, levantó la nariz.

—Vamos, *Saladin* —trató de convencerlo Amy Cahill, de catorce años de edad—. Cena un poco, el viaje a Viena será largo.

El mau egipcio resopló con un aire altivo que claramente quería decir: «¿Me estáis tomando el pelo?».

—Está acostumbrado al atún —dijo Amy disculpándose.

Nella Rossi, la niñera de los Cahill, se mostraba impasible.

—¿Tienes idea de cuánto cuesta el pescado fresco? Necesitamos reducir nuestros gastos. ¿Quién sabe cuánto tiempo vamos a estar siguiendo el rastro de vuestras preciosas pistas por todo el mundo?

*Saladin* maulló en señal de desaprobación.

Dan Cahill, de once años de edad y hermano pequeño de Amy, levantó la cabeza de la partitura que estaba examinando.

—Estoy contigo, chico. No me puedo creer que tengamos que coger el tren más lento de toda Europa. ¡Tenemos que ponernos las pilas! Los demás competidores tienen jets privados



y nosotros estamos perdiendo el tiempo en el Expreso de los Perdedores. ¿Vamos a parar en cada pueblecito de Francia?

—No —respondió Nella con sinceridad—, pero sí en cada pueblecito de Alemania y después en cada pueblecito de Austria. Mira, era lo más barato, ¿vale? Yo no acepté ser vuestra niñera en esta competición...

—Querrás decir nuestra canguro —la corrigió Dan.

—... para que al final tengáis que abandonarla antes de que concluya porque os hayáis gastado todo el dinero en atún y billetes de tren caros —concluyó la muchacha.

—Apreciamos mucho tu ayuda, Nella —le respondió Amy—. No podríamos hacer esto sin ti.

Amy aún se sentía algo mareada tras el torbellino de las dos semanas anteriores. «En un instante dejas de ser huérfana, ¡para convertirte en miembro de la familia más poderosa que el mundo haya conocido!»

Un giro increíble para dos niños que tenían una tutora que no se preocupaba por ellos y que los dejaba a cargo de una niñera distinta cada semana. Ahora sabían la verdad: eran parientes de genios, visionarios y líderes globales como Benjamin Franklin, Wolfgang Amadeus Mozart y muchos otros.

«No éramos nadie y ahora, de repente, tenemos la oportunidad de cambiar el mundo...»

Todo gracias a la competición que su abuela Grace había dispuesto en su testamento. De alguna manera, el secreto del poder secular de los Cahill se había perdido: un secreto que sólo podría descubrirse reuniendo las 39 pistas. Esas pistas estaban escondidas por todo el mundo, así que la competición consistía en una búsqueda del tesoro... pero ¡menuda búsqueda del tesoro! Abarcaba océanos y continentes y la recompensa era nada menos que el dominio del mundo.



Pero los grandes desafíos entrañan grandes riesgos. Sus rivales no se detendrían ante nada con tal de derrotarlos; de hecho, ya había habido víctimas.

«Y probablemente habrá muchas más...»

Amy miró a Dan, que estaba sentado en el asiento de enfrente. «Y pensar que hace dos semanas nos peleábamos por el mando de la tele...»

Ella no hallaba el modo de lograr que su hermano comprendiese lo raro que era todo. El muchacho no encontraba nada extraño en el hecho de que perteneciesen a la familia más poderosa e influyente de la historia. Lo había aceptado sin cuestionárselo. Después de todo, pertenecer al clan de los Cahill lo situaba en muy buen lugar. No le vio ningún inconveniente a ocupar un lugar eminente en el engranaje de las cosas. El pobre muchacho tenía sólo once años, no tenía padres y, además, ahora también había perdido a Grace.

Con el entusiasmo de la competición, apenas habían llorado la muerte de su abuela, y eso no les parecía correcto. Amy y Grace estaban muy unidas. Sin embargo, había sido su abuela la que los había metido en esta peligrosa aventura. Había ocasiones en las que Amy no sabía qué sentir...

Movió la cabeza para despejarse y se concentró en su hermano, que leía detenidamente la partitura en busca de marcas escondidas o escrituras codificadas.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Amy.

—Nada de nada —respondió el joven—. ¿Estás segura de que ese tal Mozart era un Cahill? Es decir, Ben Franklin ni siquiera se sonaba la nariz sin dejar un mensaje codificado en el pañuelo. Esto no es más que música aburrida.

Amy puso sus verdes ojos en blanco.

—¿Ese tal Mozart? ¿Tú naciste idiota o tuviste que sacarte



un diploma? Wolfgang Amadeus Mozart es considerado el mejor compositor de música clásica de la historia.

—Tú lo has dicho: música clásica, o sea, aburrida.

—Las notas musicales se corresponden con las letras desde la A hasta la G —reflexionó Nella—; tal vez haya un mensaje codificado así.

—Ya lo he comprobado —explicó Dan—, y también he estado combinando las letras por si formaban un anagrama. Afróntalo: casi nos matan por una pista que en realidad no es una pista.

—Sí que lo es —insistió Amy—, tiene que serlo.

39 pistas. Nunca una competición había sido tan prometedora, o tan peligrosa. Con el poder supremo pendiendo de un hilo, la muerte de dos huérfanos americanos sería tan sólo una nota a pie de página.

«Pero sobrevivimos y encontramos la primera pista», después de un recorrido por la vida de Franklin lleno de obstáculos traicioneros. Amy estaba convencida de que Mozart era la clave para la segunda pista. La respuesta se encontraba al final de aquella vía ferroviaria que los conducía a Viena, donde Mozart había vivido y compuesto alguna de la mejor música de todos los tiempos.

Sólo debían confiar en que sus competidores no llegasen allí primero.



—Odio Francia —masculló Hamilton Holt mientras sujetaba una diminuta hamburguesa con su enorme mano—, es como si todo el país estuviese a dieta.

Los Holt se encontraban en el comedor de una pequeña estación de trenes, treinta kilómetros al este de Dijon. Tenían la



esperanza de poder pasar por una familia americana de vacaciones, pero parecían más bien la línea ofensiva de un equipo de fútbol americano; incluso las gemelas, que eran de la misma edad que Dan.

—Tú piensa en el premio, Ham —le recordó el señor Holt a su hijo—. Cuando encontremos las 39 pistas podremos despedirnos de estas raciones para escuálidos y arrasar unos cuantos bufets libres en cuanto volvamos a Estados Unidos. Pero de momento, centrémonos en atrapar a esos mocosos Cahill.

Madison le dio un mordisco a su bocadillo e hizo una mueca.

—¡Tiene demasiada mostaza!

—Estamos en Dijon, idiota —le respondió su gemela, Reagan—. Ésta es la capital mundial de la mostaza.

Madison la golpeó inesperadamente en el estómago. El impacto habría dejado K.O. a cualquiera, pero Reagan se limitó a sacar la lengua desafiando a su hermana. Hacía falta mucho más que eso para lastimar a un Holt.

—Tranquilas, chicas —dijo su madre, Mary-Todd, regañándolas cariñosamente—. Creo que ya oigo el tren.

La familia miró hacia la vía, por la que, lentamente, se acercaba un antiguo tren de motor diésel.

Madison frunció el ceño.

—Se suponía que los trenes en Europa eran rápidos.

—Los Cahill son astutos, igual que sus padres —respondió Eisenhower, el cabeza de familia—; habrán cogido el último tren en el que se nos ocurriría buscarlos. Está bien. ¡A formar!

La familia estaba acostumbrada a la jerga de entrenador de Eisenhower. Tal vez lo hubieran expulsado de la escuela militar, pero eso no le impedía ser un gran motivador. Y para



los Holt, no había nada más motivador que una oportunidad para ajustar cuentas con sus engraidos parientes. Aquella competición era ideal para demostrar que ellos eran tan Cahill como cualquiera de los otros. Ellos serían los primeros en encontrar las 39 pistas, aunque tuvieran que hacer picadillo a los demás para conseguirlo.

Se dispersaron y desaparecieron en el bosque que había detrás de la estación.

El lento tren siguió su traqueteo hasta que se detuvo en el andén y unos cuantos pasajeros desembarcaron. Los cobradores y los demás trabajadores de la estación estaban demasiado ocupados descargando el equipaje como para notar que la fornida familia se había subido al vagón trasero. Los Holt estaban a bordo.

Empezaron a revisar los vagones, avanzando hacia adelante. El plan era no llamar la atención, pero eso no resultaba nada fácil con el tamaño extra grande de los Holt. Empujaban hombros y rodillas y pisaron varios pies. Se intercambiaron miradas hostiles, acompañadas de murmullos soeces en diferentes idiomas.

En el tercer vagón, Hamilton, que movía los brazos al caminar, golpeó con el codo el sombrero de una mujer y éste salió volando de su cabeza. En medio de la confusión, la señora dejó caer la jaula de su pájaro que, desde el suelo, piaba asustado y agitaba sus alas sin cesar. Seis filas más adelante, *Saladin* trataba de trepar al respaldo del asiento para investigar. Amy se volvió entonces para comprobar qué era lo que molestaba al gato y...

—Los Ho... Ho... —Las situaciones de estrés siempre la hacían tartamudear.

—¡Holt! —gritó Dan, alarmado.



Afortunadamente, la dueña del periquito se agachó para recoger la jaula del suelo, bloqueando el pasillo. Rápidamente, Dan guardó la partitura y a *Saladin* en el compartimento para equipajes.

—Vamos, señora... —refunfuñó Eisenhower impaciente; en ese momento, levantó la mirada y vio a Dan.

El corpulento hombre se abalanzó por encima de la mujer y del periquito. Dan agarró la mano de Amy y huyeron por el lado opuesto del vagón.

Nella cruzó de una patada una mochila en mitad del pasillo, justo a los pies de Eisenhower, que llegaba corriendo y tropezó con ella, dándose un planchazo contra el suelo.

—*Excusez-moi, monsieur* —se disculpó Nella, en un perfecto francés, a la par que extendía la mano para ayudarlo a levantarse.

Él golpeó la mano rechazando la ayuda. Como no tenía más opciones, Nella se sentó encima de él, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre los omóplatos de Eisenhower.

—¿Qué está haciendo, extranjera loca?

—¡No es una extranjera, papá! —Sin ningún esfuerzo, Hamilton apartó a la joven de encima de su padre y la lanzó contra su asiento—. ¡Es la niñera de los mocosos Cahill!

—Gritaré —amenazó Nella.

—Si lo haces, te tiraré por la ventana del tren —prometió Hamilton. Lo dijo con tanta naturalidad que no había duda de que era muy capaz de hacerlo y de que además se moría de ganas.

Eisenhower se levantó rápidamente.

—Que no se mueva de aquí, Ham. No le quites la vista de encima ni un segundo.

Y siguió la marcha, liderando la estampida de los Holt, predadores a la caza de su presa.



Amy y Dan se las habían arreglado para llegar hasta el vagón restaurante. Corrían entre los comensales y los humeantes platos de comida. Dan se arriesgó a mirar atrás. Los rasgos enfurecidos de Eisenhower Holt llenaban la ventana del pasillo.

El joven le hizo un gesto a un camarero y le dijo mientras señalaba a su perseguidor:

—¿Ve a ese hombre de ahí? ¡Dice que usted ha puesto esteroides en su sopa!

Amy agarró a su hermano del brazo y fijó su aterrada mirada en él, diciéndole entre dientes:

—¿Cómo puedes bromear con estas cosas? ¡Ya sabes lo peligrosos que son!

Los Cahill atravesaron la puerta y llegaron corriendo al siguiente vagón.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo Dan nervioso—. Ojalá pudiese esconderme en un compartimento de equipajes como *Saladin*. ¿No tienen guardias de seguridad en este tren? Seguro que en Francia existe alguna ley en contra de que cinco neandertales se metan con un par de niños.

Amy estaba aterrorizada.

—¡No podemos hablar con ningún guardia! Nos arriesgaríamos a que nos hiciesen preguntas sobre quiénes somos y qué hacemos. Recuerda que los servicios sociales aún nos están buscando en Boston. —Ella abrió rápidamente la puerta al siguiente vagón y empujó a Dan para que entrara delante de ella.

Era el vagón del correo. Había cientos de sacos apilados por todas partes, además de cajas y cajones de todos los tamaños.

—Amy... —Dan empezó a amontonar cajas delante de la puerta.





Su hermana lo entendió al momento. Unieron sus esfuerzos para construir una barricada de paquetes hasta la altura de la manija de la puerta, donde colocaron un jamón curado. Dan tiró de la palanca y comprobó que la puerta no se abría.

Una oleada de gritos llegaban del vagón contiguo; los Holt estaban ya muy cerca de ellos.

Amy y Dan se abrieron camino hacia el otro extremo del vagón apartando los paquetes que se iban encontrando. Una vez llegaron a la puerta, Amy trató de abrirla.

—Está cerrada.

La joven aporreó el rascado cristal. Al otro lado estaba la sala de personal, llena de sofás y camas plegables, todas vacías. Ella golpeó con más fuerza, pero no hubo respuesta.

Estaban acorralados.

En la otra punta del vagón, la cara encolerizada de Eisenhower apareció en la ventana. Todo el tren parecía temblar cada vez que embestía con su hombro contra la puerta.

—Son nuestros primos —pensó Amy, insegura—, en realidad nunca nos harían daño...

—¡Casi dejan que nos entierren vivos en París! —respondió Dan, mientras cogía del suelo un palo de hockey envuelto en un papel marrón.

—¡No estarás hablando en serio...!

En ese momento, Eisenhower Holt cogió carrerilla y empujó la puerta con tanta fuerza que ésta salió disparada encima de Dan, tirándolo al suelo. El palo de hockey repiqueteó en el suelo.

—¡Dan! —Cegada por la rabia, Amy recogió el palo y lo rompió en la cabeza de Eisenhower. El fuerte hombre absorbió el golpe, se tambaleó y se desplomó sobre un saco de cartas.

Dan se incorporó, sorprendido.